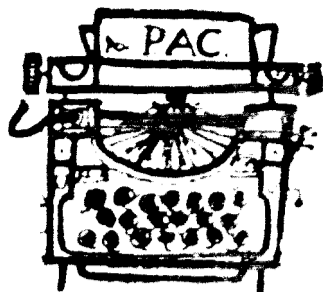


escrito a máquina

Datos para un estudio sobre la rebeldía estudiantil



Hace algún tiempo escribí en esta misma sección algunos comentarios sobre la oposición en Nicaragua. Decía entonces que si definíamos la Oposición como "la fuerza moral o política que puede desviar, corregir o impedir la acción del Gobierno", en Nicaragua no existía propiamente oposición sino opositores. Desde la muerte del viejo Somoza la oposición ha ensayado una gran variedad de métodos tratando de lograr sus objetivos contra una fuerza cerrada y represiva. Es decir, son 13 años de frustración con no pocas hermosas páginas de heroísmo y no pocas tristísimas de muertes valiosas. Este largo proceso y su sedimento en innumerables hogares nicaragüenses quiero que me sirva de punto de partida para este breve ensayo de estudio sobre la situación y crisis actual de la juventud.

El joven que hoy se rebela o agita creció oyendo y viviendo los residuos de una frustración. No solamente el hijo del conservador sino el del liberal somocista, porque cuando el círculo de los privilegios es cerrado siempre se suscita en los demás, a través de los años, esa interioridad amarga de la inconformidad insatisfecha. El joven se ha criado palpando a veces la decepción, a veces algo peor: la cobardía del padre que se serviliza fuera pero que en su hogar da salida a su verdad; o bien, el acomodamiento "por necesidad" a algo que se repele. El niño reacciona conforme su intuitivo sentido de justicia. Por eso generalmente el joven nace a la vida política con cólera.

Por otra parte, en Nicaragua las generaciones se han sucedido sin que se diera en política el proceso paralelo de la renovación. No ha habido cambio —ni siquiera de partidos, que ya es un escape— sino sucesión. Sea o no inteligente el joven comprende que lo que oye del ayer y lo que vive del hoy no es más que repetición y monotonía. La "novedad", esa diosa de la juventud, murió en feto desde hace un cuarto de siglo. Hay un saldo de parálisis, de renovación interrumpida de varias generaciones y ese saldo lo recibe como herencia la juventud actual.

Si a la frustración y a la monotonía agregamos la vivencia (en tantos jóvenes! de la injusticia económica (¡sólo los mismos estudiantes saben lo que le cuesta a cada padre de familia no privilegiado, o lo que les cuesta a ellos mismos estudiar!) ya podemos comenzar a comprender el malestar que trae, congénita, nuestra juventud. Ese malestar se manifiesta no sólo en la rebeldía política. Nosotros podemos apreciar sus manifestaciones instintivas de escape o de rechazo, en mil formas: en el uso de drogas, en el aumento de las desviaciones sexuales, en las "rebeldías sin causa", en el pelo largo, en las ropas distintas, en el jipismo. Nunca se ha marcado tanto en el joven la voluntad de proclamar la ruptura total con el pasado aún en lo exterior de su ropa y su físico. Fenómeno universal que tiende a agravarse —a pronunciarse con mayor nihilismo— allí donde el subdesarrollo mantiene a la célula familiar en la vecindad del hambre.

Sucede, sin embargo, que buena parte de esa juventud congénitamente rebelde, entra a estudiar. Se convierte en estudiantado. Entonces el malestar instintivo (y aquí cito a un notable catedrático) "empieza a ser sustituido por una formación reflexiva de conciencia, que ya no va a exteriorizarse por canales escapistas, sino en actitudes críticas de oposición".

Surge el interés por la política. Surgen los líderes. Surge la solidaridad. Surge el activismo. Hasta ese momento, sin embargo, lo que existe es únicamente agitación; una agitación impaciente que puede ser canalizada. Una fuerza generosa que signifique un tesoro para cualquier país abierto a su futuro y no cerrado con las siete llaves del egoísmo y la codicia como el nuestro.

Pero entonces entra en escena un factor típico de las dictaduras (sobre todo de las militaristas): la falta de proporción, la falta de medida en la represión. Interviene la policía con su violencia profesional y el muchacho es sacado de pronto de lo que todavía es un juego de juventud a eso serio y terrible que es la muerte y la sangre.

Indudablemente en casi todo movimiento juvenil existen agitadores que ven y van más allá de lo que el estudiante normal pretende. Sin embargo, es interesante observar que estos líderes extremistas y agitadores casi siempre pierden las elecciones dentro de los centros de enseñanza, en cambio, cuando la violencia se desata, son los que acaban dirigiendo la exaltación masiva del estudiantado. ¿Por qué? Porque entra en juego —dice un sociólogo— "la dialéctica del hematoma y del martirologio" que en unos segundos consigue, a través de una reacción psicológica elemental, lo que no había conseguido la demagogia o la persuasión con sus mejores recursos. El joven sabe distinguir, generalmente con instinto más diáfano y con mayor generosidad que la gente mayor, las actitudes racionales, pero cuando se le reprime con injusticia es también más susceptible a esa injusticia que la mayoría de la gente de edad. Ante la violencia reacciona también con mayor generosidad, expone más fácilmente la vida y en la misma medida radicaliza su actitud. Lo estúpido es presionarlo, por la violencia, hacia esa radicalización. Las fuerzas policíacas y las autoridades lo único que han logrado con sus métodos —desde aquel siniestro 23 de Julio— es radicalizar al estudiantado. Multitud de muchachos han pasado a formar parte de los movimientos extremistas porque han visto cómo sus ideales de renovación o de cambio y sus movimientos, hasta los más inocuos, de protesta, son repelidos o aplastados por una violencia armada completamente desproporcionada y generalmente criminal. El castrismo no ha hecho más que llenar con su áspero licor los vasos fabricados y servidos por las fuerzas armadas del régimen.

¿Tiene salida esta situación?

Sí la tiene. Pero no añadiendo violencia, no torturando, no masacrando, no pasando por encima de la dignidad del hombre y mucho menos de la dignidad y delicadeza de la mujer que en toda nuestra historia ha merecido un trato especial fruto de un sentido caballeresco que honra a nuestra raza. La violencia —ha dicho el Obispo de Matagalpa— sólo engendra violencia. En cambio un solo gesto cívico, un gesto de diálogo de un militar con sentido de responsabilidad disminuyó totalmente la violenta tensión de la masa juvenil de León justamente enardecida por el salvaje atropello a la joven prisionera Doris Tijerino.

Naturalmente, esa no es la solución, pero es una actitud que abre camino a la solución.

La solución entraña un cambio. Un cambio estructural inevitable, que por inevitable debe merecer de quienes aman a su Patria, de quienes tienen hijos y no quieren heredarles la matanza y el caos como futuro, una serie de medidas y concesiones para favorecer ese cambio, para humanizarlo, para canalizarlo por las vías pacíficas. Como decían los jóvenes sacerdotes en su comentario escrito: "Mientras no se haga un esfuerzo consciente y decidido de liberación contra las estructuras existentes, manifestamos que la situación de insatisfacción y de inquietud general no disminuirá".

PABLO ANTONIO CUADRA

NOTA:—Varios conceptos de este artículo me han sido inspirados (y lo he proyectado sobre la situación nicaragüense) por el interesante número de REVISTA DE OCCIDENTE (Nº 68) dedicado al problema de los movimientos estudiantiles en el mundo, en el que colaboran: Laim Entralgo, Antonio Tovar, Angel Latorre, Alejandro Nieto, S. del Campo y Paulino Garagorri. Lo recomiendo a quienes quieran profundizar en el tema.